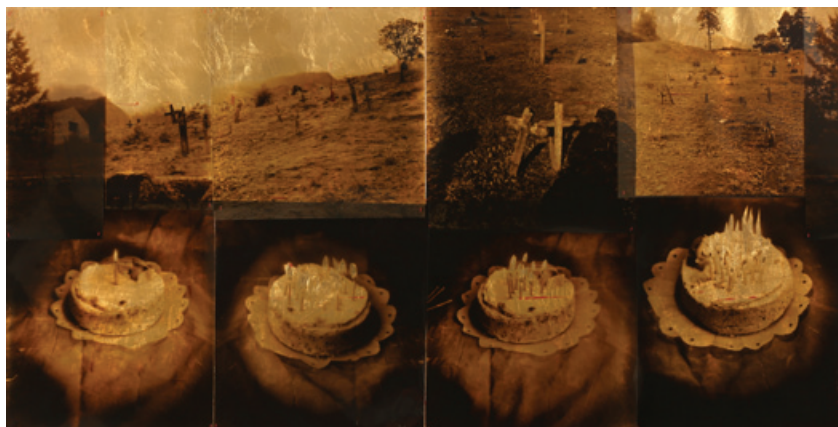


# Sobre Rulfo lector: del sol que explota a los muertos que hablan

Diana Paola Guzmán Méndez



Luis González Palma. Sin Título. 1997-2012. Técnica mixta, kodalith y láminas de oro. 59 x 120 cm

Juan Rulfo (1917-1986) nació en Jalisco, una región situada en el occidente de México que, por la explotación agraria excesiva, se convirtió en un desierto. La tierra caliente donde vio la luz Rulfo, es la misma por donde transitaban sus personajes. Sin embargo, Rulfo no reconstruye su infancia tapatía, no entra a la comarca de aquello que se recupera en la rememoración; contrario a la senda proustiana, el mexicano trae la luz, los olores y colores del Jalisco de su infancia y los recompone, los vuelve a crear.

Desde niño, Rulfo pretendió huir de la vida desolada en Jalisco y encontró en la lectura, compañera de sus fiebres infantiles, la posibilidad de alejarse, de observar desde arriba. Es así como su escritura resulta ser el eco de todo aquello que leyó, de la biblioteca de aquel cura que, huyendo de los enemigos de Cristo, decidió guardar sus libros en la casa paterna de Rulfo; porque si bien la guerra cristera le robó a su padre, la misma revolución le trajo

la lectura de Dumas, Verne, Leopardi, entre otros. El cura temeroso protegió sus libros en la casa de un futuro y silencioso escritor.

Algo que recuerda Rulfo de aquella biblioteca es que se ponía en la tarea de comparar las obras listadas en el gran *Index Papal*, que reunía los siete mil títulos prohibidos, con las que estaban en los anaqueles organizados por el cura y encontraba que varios

de aquellos libros vetados estaban a su disposición. Esos fueron los primeros libros que leyó, los prohibidos, los tildados de lascivos, de irregulares, de revolucionarios. En la noche, Rulfo, hijo de una familia profundamente creyente, pedía perdón mientras apretaba el *Decamerón* debajo de la almohada.

Muchos años más tarde, contaría cómo aquel cura, que velaba por la moral del pueblo, iba de casa en casa “decomisando” los libros impuros y engordando su biblioteca. El sacerdote huyó del pueblo y Rulfo, huérfano, se quedó como dueño y señor de las lecturas censuradas.

## Rulfo, lector de Gómara

Uno de los libros más apreciados por el adolescente Rulfo quien se autodenominó *vigía* de esta biblioteca, fue las *Crónicas de Indias*. Como lo expresará en 1979, durante un viaje a Madrid, las crónicas le abrieron la posibilidad

de encontrar una mirada bárbara, desgarrada, fuera de lugar.

La escritura que el lector Rulfo encontró en las crónicas, especialmente en la obra de Francisco López de Gómara, tenía un tono velado y desenfocado, una mirada de lejos, así la definió el escritor. Gómara, apartado, protegido por la bruma de la selva, describiría a aquellos “salvajes caníbales” que parecían un espejismo en la mitad del desierto. Rulfo apuntaba la cámara, cambiaba el enfoque de su lente y volvía borrosos a los caminantes que atravesaron el desierto hacia Talpa porque, como él mismo lo dijo, ‘uno no cuenta lo que ve a primera vista’.

Otro aspecto que influyó en la poética de Rulfo fue la descripción exasperada y desbordada del clima que los cronistas enunciaban constantemente. El calor los mataba, los aminoraba, los volvía delirantes. Para Rulfo, el calor era la impronta de Jalisco; escribía bajo el sol inclemente del nuevo desierto y ponía a sus personajes a transitar bajo soles que parecían explotar, como el de “Luvina”.

Los cronistas vivían solos; la observación requiere soledad, silencio y sombra. Rulfo sentaría a sus personajes mirando el diluvio como en “Es que somos muy pobres” o matando ranas y hablando solos: Macario con Macario. Él mismo subrayaría que la lectura de las Crónicas de Indias le causó una impresión de soledad y miedo que fue imposible borrar de su memoria y, como es evidente, de su obra.

## Rulfo, lector de Knut Hamsun

Para Rulfo la lectura de crónicas y de novelas de aventuras marcaría su infancia y parte de la adolescencia, pero la entrada a la madurez lectora fue determinada por la obra del escritor noruego Knut Hamsun. Señalado por la historia como un escritor nazi, Hamsun creó una de las obras más delirantes de la literatura: *Hambre*.

El protagonista, aquel periodista signado por la pobreza y la miseria, en un coctel mortal con la locura, es uno de los personajes que Hamsun construyó abastecido con su propia vida. Para Rulfo, ese tono quedo y sombrío del noruego fue el principio de su crecimiento. De este escritor, Rulfo leería los dolores del alma, las llagas del espíritu que le saldrían en todo el cuerpo a Tani-lo (en “Talpa”); adicionalmente, Hamsun le daría otra posibilidad a su juicioso lector, la crítica.

Si bien la palabra de Rulfo es un tanto silente, sale despacio de la boca, estalla cuando se encuentra con el oído, incluso cuando los hombres renuncian a decir lo que piensan porque hace mucho calor, como esos cuatro campesinos que caminan por un sendero sin orillas en “Nos han dado la tierra”.

La palabra necesita de la locura, de lo espectral, para decir lo que tiene que decir, para arreciar contra el hambre, contra el abandono, contra la muerte. Hamsun le daría a Rulfo ese espacio negro donde el escritor puede alzarse y decir sin miedo al eco, pero con ganas de decir, cargar al hijo y refutarle su muerte en la penumbra de la noche, refutarle que no oiga ladrar los perros (en “No oyes ladrar los perros”).

## Rulfo, lector de Dostoievski

Otro momento esencial en la biografía lectora de Rulfo es su encuentro con la lectura de Dostoievski en *Noches blancas*; pero su comunión definitiva con el escritor ruso la marcaría *Los demonios*. Si bien con Hamsun descubriría los contornos de la locura, que todo lo dice y todo lo lapida, con el ruso sentaría una posición clara y definitiva frente a su oficio.

‘Uno no escribe lo que ve a primera vista’, escribe sobre lo que algunos no ven. Como Dostoievski, Rulfo sacó de los subsuelos cientos de voces que estaban enterradas bajo las toneladas de una historia mal contada. Los campesinos de la revolución mexicana no eran



Luis González Palma. Sin Título. Técnica mixta, kodalith y láminas de oro. 59 x 120cm. 1995-2012

héroes que permanecían silenciosos en sus monumentos, eran estómagos hambrientos a los que no les quedó nada, porque nada tuvieron.

Sin embargo, la intención de Rulfo no era denunciar por denunciar, gritar por gritar, se trataba más bien de hablar desde los intersticios, como lo hizo aquel alucinado en “El sueño de un hombre ridículo” del escritor ruso.

Algo que aprendería Rulfo de su lectura de Dostoievski sería plasmar el diálogo de los muertos, contar a partir de una memoria que poblaba los cementerios, los pueblos blancos como Comala. Quiénes, si no los muertos, pueden saberlo todo y contarlo sin reparo y sin miedo.

Los hombres que están en los umbrales, condenados a muerte o agonizando, resultan ser otro puente que une a los dos escritores. El hijo que decide vengar al padre condenando a su asesino a muerte y el hijo del condenado que deja a su padre en las manos de los verdugos, reflejan muy bien (en “Diles que no me maten”) la necesidad de que la muerte no termine de llegar, pues es necesario contar lo que se siente antes de dar el paso definitivo.

Todo en Rulfo permanece congelado, con voces que hablan desde los bloques detenidos. El sol de los cronistas y su vista borrosa, el delirio de una locura perdida como en Hamsun y la verdad poseída de agonía en Dostoievski, construyen esa biblioteca de un Rulfo lector que desde muy niño se dio cuenta de que “la vida no es muy seria es sus cosas”.

## Bibliografía

1. Cruz, J. (1979). “Entrevista. Juan Rulfo: ‘No puedo escribir sobre lo que veo’”, en: *El País*, 19 de agosto, Madrid, disponible en digital: [http://elpais.com/elpais/2015/07/27/actualidad/1437991191\\_012418.html](http://elpais.com/elpais/2015/07/27/actualidad/1437991191_012418.html)
2. Tamargo, M. H. (1996). *Siete entrevistas con escritores trágicos*, México, editorial cantomenor.

**Diana Paola Guzmán Méndez** es profesora titular del Departamento de Humanidades de la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Es autora del libro *Memoria y canon en las historias de la literatura colombiana*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.